

conducta infame." En aquella misma comunicacion, que era del 30 de Noviembre, se le prevenia al comandante general de Michoacan, que á nadie se pagaría mas que á los militares.

A principios de Diciembre de 1854, recibió la revolucion en el Sur un impulso poderoso. Lo pudieron notar hasta los que menos enterados se hallaban de la fuerza misteriosa que iba desarrollando aquellos acontecimientos. Era que estaba ya otra vez en el foco de la revolucion, para infundir aliento y brio á sus defensores, el hombre que tan buen principio habia sabido darla con su talento, con su prudencia y con su valor: Don Ignacio Comonfort habia regresado á Acapulco el 7 de Diciembre, de vuelta de su expedicion á los Estados Unidos. Conviene referir las causas de este viaje y los pormenores de él, porque es uno de los hechos mas interesantes de aquella época. El viaje de Comonfort á los Estados Unidos salvó á la revolucion, y acabó de revelar á México las virtudes de este ciudadano.

Asombro causaba á todos los habitantes de la República el que los pronunciados del Sur pudieran sostenerse tan airosos en su empresa contra un gobierno tan poderoso como el de Santa Anna, cuando á éste le costaba tanto trabajo hacer frente á sus compromisos, no obstante ser dueño de todas las rentas de la nacion, del producto de sus infinitas contribuciones, de cuantiosos préstamos, y por último, de los siete millones que le valió el tratado de la Mesilla. A pesar de esto, se ha visto ya cuales eran los medios que empleaban para llevar adelante la lucha; medios vejatorios, que si bien estaban en la cuerda de una política desatentada, no por eso dejaban de revelar las escaseces y penurias del erario.

¿Como, pues, se mantenian los caudillos del Sur, que no contaban con ninguno de los elementos del gobierno? ¿Como alimentaban y vestian á sus tropas? ¿Como las proveian de municiones, armas y pertrechos de guerra? ¿Qué hacian para subvenir á los enormes gastos que exige una campaña, en la cual importa mas la vez lo que se inutiliza y se pierde, que lo que se aprovecha y se consume?

Desde luego se comprende que las fértiles tierras del Sur, aunque de prisa y mal cultivadas por sus habitantes, produjesen suficientes frutos para cubrir las pocas necesidades de aquellos soldados labradores tan sóbrios como valientes: bien sabido es que cuestan poco el alimento y el vestido de los buenos soldados de la libertad. ¿Pero como se cubrian las necesidades de la guerra? ¿Como se prevenian de armas y municiones?

Aquí está el secreto que causaba maravilla, y que todavía no pueden explicar bien los que ignoran cuantos afanes y desvelos costó al defensor de Acapulco el proveer á estas necesidades. Bien querido en la ciudad por sus virtudes, bien relacionado y estimado por sus prendas, pudo á los principios encontrar abiertas las arcas de sus numerosos amigos, después que se le acabó, muy pronto, una pequeña suma que pudo realizar de su propiedad privada. (1) Pero ni aquel recurso podia durar mucho tiempo, fundado como estaba en el crédito particular de una persona, ni el pobre puerto de Acapulco tenia de ningún modo elementos para subvenir al cúmulo de atenciones que sobrevinieron mas tarde. Entonces fué cuando Don Ignacio Comonfort tuvo que desplegar todos los recursos de su actividad y de su génio, para proporcionar á los otros caudillos de la revolucion los medios de sostener la empresa, y para dar de comer á la pequeña guarnicion de la plaza que le estaba encomendada. Lo consiguió por algun tiempo aunque á costa de grandes vigili-
as y de sacrificios bien estraños; (2) pero llegó un dia en que el gobernador de Acapulco vió próximo el momento de una miseria espantosa para la causa popular, y de un triste fin para la revolucion tan gloriosamente empezada. Los recursos se habian agotado allí: era preciso buscarlos en otra parte y de cualquier modo.

Concibió entonces Don Ignacio Comonfort el proyecto de hacer un viaje á San Francisco de California, para ver si allí encontraba modo de hacer un empréstito que sacara á la revolucion de los conflictos en que iba á verse; y comunicó su pensamiento al general Alvarez, pidiéndole permiso para ponerlo en práctica. Trabajo le costó al general acceder á ello, como quien conocia la importancia de Comonfort, que era el alma de la comun empresa por la sabiduria de sus consejos y el auxilio de su resuelto carácter; pero cedió al fin á las instancias de su compañero, y á la conviccion que le infundió, de que era necesario aquel viaje para evitar las angustias que se les preparaban, y el desastroso fin de la causa que defendian.

(1) La primera suma que entró en las cajas de la revolucion, fueron mil pesos que Don Ignacio Comonfort pudo reunir vendiendo un rancho de su propiedad.

(2) Vez hubo en que el gobernador de Acapulco, viéndose sin un real para la guarnicion, tuvo que ir de casa en casa, comprometiendo á las señoras sus amigas á que le dieran tal cual moneda que en sus almohadillas tenian guardada, y reuniendo de este modo lo puramente indispensable para dar de comer á sus soldados.

Salió, pues, Comonfort de Acapulco por el mes de Junio, y pasó á San Franciaco. Allí solicitó de cuantas maneras pudo, un préstamo para la revolucion; pero como por una parte habia pocos que tuvieran fé en ella, y como por otra le era preciso dirigirse á gente estraña, no encontró quien obsequiara sus deseos de la manera que habian menester su delicadeza y su patriotismo. Muchos hubo que le ofrecieron cuantos fondos fueran necesarios para llevar á cabo la empresa, pero todos querian hipoteca de alguna parte del territorio nacional, ó exijian otras condiciones que no podia admitir quien llevaba por norte la seguridad y el decoro de su pátria.

Perdida toda esperanza en San Francisco, pasó á Nueva York, harto desconsolado por el mal éxito de sus primeras tentativas, pero sacando del fondo de su alma enérgica las esperanzas que siempre le alentaban. No fué allí por lo pronto mas afertunado que en San Francisco. Los estrañeros le exijian siempre condiciones que no podia aceptar un buen ciudadano; y los que no lo eran, se negaban redondamente á comprometer sus capitales en una empresa que juzgaban desesperada. Tras de no conseguir su objeto, el héroe defensor de Acapulco tuvo que devorar en Nueva York la amargura de ver desconceptuada una empresa que le debía el ser y los mejores dias de gloria que habia tenido. Habian llegado hasta allá las calumnias esparcidas por el gobierno dictatorial contra la revolucion, y habian tenido la fortuna de hacer mella en los ánimos, de tal modo que aun los enemigos de la dictadura consideraban lo del Sur como un levantamiento sin concierto ni plan fijo, y sin ninguna probabilidad de buen resultado. Comonfort, en medio de sus angustias, tuvo que vindicar á la revolucion de las malas especies que se hacian correr sobre ella, y lo hizo victoriosamente por medio de algunos periódicos de Nueva York. Su nombre, que habia llegado á la República vecina, rodeado del aplauso y del respeto de todos los hombres imparciales, bastó para devolver el prestigio á la causa con que estaba ligado.

Corria entretanto el tiempo, y aumentábanse las angustias de Comonfort á medida que se pasaban los dias sin lograr nada. Pensaba en la revolucion, que podia espirar de un momento á otro, porque le faltaban todos los elementos de vida; pensaba en sus heróicos compañeros, que tal vez estaban luchando sin esperanza con los ejércitos de la dictadura y con los horrores de la miseria; pensaba en su buena guarnicion de Acapulco, que acaso le aguardaba desnuda y hambrienta para no ser víctima de las venganzas del gobierno. Todo esto le atribulaba y le oprimia el corazon, tan-

to mas sensible al dolor de tales reflexiones cuanto mas generoso y esforzado para arrostrar los peligros; y acababa de completar su afan el espectáculo de los pobres desterrados, á quienes veia por allí suspirando por la pátria, y pendientes del éxito de aquella empresa para volver á sus hogares.

En medio de esto una nueva tentacion vino á poner á prueba la rectitud de sus opiniones y la pureza de sus sentimientos. Personas de cuenta, comisionadas por el gobierno de Santa-Anna, le hablaron para que se separara de la revolucion, ofreciéndole una legacion en Europa, la que él quisiera elegir. Precisamente le hicieron esta proposicion en los momentos en que mas afligido estaba por la inutilidad de sus esfuerzos, y por la indiferencia con que veian la causa revolucionaria hasta los que pasaban por amigos de ella; pero él, firme en su propósito, y resuelto á sucumbir con la causa que habia abrazado: dió las gracias á los que le hacian aquellos ofrecimientos; y continuó sus penosas diligencias en solicitud de los recursos que por ninguna parte encontraba. Fué menester muy sólida virtud para desechár un puesto honorífico, que siempre lo es representar á su pátria en el estrañero, para encontrarse detras de aquella negativa, con las incertidumbres y congojas á que le tenian condenado la pobreza y el descrédito de la revolucion que le merecia tantos sacrificios. En esta ocasion como en todas venció en la fuerte alma de Comonfort el amor de la pátria y de la gloria, como en el romano de quien habla Virgilio. (3)

Hallábase casualmente en Nueva York Don Gregorio de Ajuria, buen amigo de Comonfort, á quien veia diariamente arrastrando por allí sus moribundas esperanzas. Preguntábase con frecuencia por el éxito de sus pasos, y siempre las respuestas del caudillo se reducian á manifestar que habian sido inútiles todos los que habia dado para realizar sus proyectos. Un dia entró Ajuria en la habitacion de Comonfort, y le encontró mas afligido que nunca: todo su empeño habia sido vano; y perdida ya hasta la última esperanza, estaba resuelto á embarcarse para venir á perecer con los suyos. Ajuria, aunque estraño enteramente á la política, era enemigo de todo poder opresor, como lo son todas las almas rectas; veia con interés los esfuerzos de una revolucion que tenia por objeto restituir al pais sus justas libertades; habia admirado la entereza de su amigo en negarse á pasar por condiciones deshonorosas ó peligrosas para su pátria; y

(3) Vincet amor patriæ laudumque immensa cupido.
VIRG. EN. LIB. 6.

le encontraba allí, casi derramando lágrimas de desesperación en esa tierra, sin que toda su abnegación sirviera de nada para aliviar la suerte de aquella patria oprimida. Ajuria se conmovió á la vista de aquel hombre que parecía llevar sobre sus hombros los destinos de un pueblo; contempló silenciosamente un rato aquel solemne dolor, que solo podían causar los infortunios públicos en el intrépido corazón de quien siempre había sido superior á las desgracias privadas; pareció que de repente había formado alguna resolución generosa, y dijo marchándose: „pronto vuelvo.”

Quedóse Comonfort meditando á solas su pronto regreso á la patria, y conformándose en el propósito de morir por ella al lado de sus compañeros. Uno de sus amigos que estaba presente, había tal vez adivinado el pensamiento de Ajuria, y comunicó al caudillo sus esperanzas. Para quien tantas había ya perdido, no debían servir de mucho las que solo se fundaban en una presunción; y el resultado fué que el noble caudillo volvió pronto á caer en su silencio, para pensar en el modo de suplir con su esfuerzo personal, y con el sacrificio de su vida, la falta de los recursos que la fortuna le negaba.

No se había equivocado en su presunción la persona que había acompañado á Comonfort en aquellos momentos. Ajuria volvió á poco rato, y dijo resueltamente al caudillo: “puede Vd. contar con la cantidad necesaria para llevar á su país los efectos que ha menester su empresa; disponga Vd. del dinero cuando guste.” Al oír este generoso ofrecimiento, Comonfort vió en su amigo al salvador de la causa popular: su primer impulso fué aceptarlo sin vacilación alguna; pero, delicado y fino como siempre, pensó al momento que podía ser demasiado costoso aquel sacrificio de la amistad; recordó las negativas de otras personas que con mas razón pudieran haberle auxiliado; trajo á la memoria los peligros y azares de la revolución, lo incierto y remoto del triunfo; y á su sensible corazón se presentó la posibilidad de que quedase arruinada una familia, si la empresa se malograba. Impulsado por estas reflexiones, dijo á Ajuria: “antes de aceptar lo que Vd. me ofrece, quiero saber, amigo mio, si en este préstamo va toda su fortuna; porque si bien tengo yo esperanzas de salvar á mi país con este auxilio, tiemblo al pensar que Vd. pueda quedar arruinado: dígamelo Vd. con franqueza.”

—“Me queda todavía, respondió Ajuria, lo necesario para vivir trabajando.”

—“Entonces lo acepto, dijo Comonfort, y lo agradezco, como estoy seguro de que lo ha de agradecer mi patria.”

Apresuró Comonfort cuanto pudo, la compra de víveres, municiones y pertrechos de guerra; cargó un buque con aquellos efectos; y embarcándose con ellos, pareciéndole las horas siglos, con el ansia de llevar á sus compañeros aquel tesoro, llegó á Acapulco, como se ha dicho ya, el 7 de Diciembre de 1854.

Con los brazos abiertos, y llenos del mas puro regocijo, recibieran los habitantes de Acapulco al ilustre jefe. Todos le amaban como un padre y como un hermano, y entonces les traía tambien la salvación y la esperanza. El los saludó á todos con la sencilla franqueza del camarada y el tono afectuoso del amigo. Las palabras que les dirigió el día 8. fueron á encender de nuevo en sus corazones los nobles sentimientos de amor á la patria, á la libertad y á la gloria. Son estas:

Surianos:

“Ya me tenéis de nuevo á vuestro lado. Desde el extranjero donde velaba por los valientes hijos del Sur, medía tambien con exactitud los pasos del enemigo, y me presento entre vosotros precisamente cuando las huestes del tirano se aproximan, cuando el peligro renace, y cuando hay que batirse.”

“Soldados: recordad los hermosos dias de Abril, y nada temáis: el enemigo, mas fuerte entonces que ahora, huyó medroso de nuestras murallas: nosotros, menos débiles ahora que entonces, por todos los elementos y recursos con que contamos, no seremos menos afortunados.”

“Surianos: los hijos de un pueblo libre nunca deben ser vencidos: contad con esto, con el amparo de la Divina Providencia, y la lealtad de vuestro compañero y amigo.”

Llegaron tan á tiempo los recursos que Don Ignacio Comonfort trajo del Norte, que sin ellos habria sido harto difícil impedir que la revolución fracasara. Mucho habian hecho y mucho podian hacer todavia sus intrépidos defensores; pero su valor y su constancia no habrian dado otro resultado que conducirlos á un sacrificio estéril, si oportunamente no hubieran tenido los elementos necesarios para ostentar con provecho aquellas virtudes. El gobierno habia echado de ver las penurias en que los hombres del Sur se hallaban envueltos; y para aprovecharse de tan buena ocasión, habia puesto en movimiento gran parte de sus fuerzas, mandando á Zuluaga que avanzara por la Costa Grande desde Ajuchitán, y Barberena por la Costa Chica desde Ometepepec hasta el Coquillo y el Peregrino. Combinado con estos movimientos estaba el de Castillo, que tuvo orden de avan-

zar de frente hasta la Brea, donde ya hemos visto los destrozos que hizo por orden del gobierno.

Trataba este de estrechar á las diferentes partidas de pronunciados, para comprometerlas en alguna batalla campal, donde tuvieran que sucumbir por falta de pertrechos, y al frente de fuerzas muy superiores en número; y este plan se habria realizado infaliblemente, si Comonfort tarda unos dias mas en regresar del Norte, sin que lo pudiera impedir todo el ardor patriótico y guerrero de los hijos del Sur. Las huestes hambrientas y desnudas de la revolucion, no habrian podido resistir el embate de mas de diez mil hombres de tropas escogidas, que marchaban por diferentes puntos, provistos de todos los elementos necesarios para hacer la guerra.

Encuétrase una prueba harto palpable de esta suposicion en los primeros incidentes de la campaña que el gobierno quiso abrir en Noviembre. Zuloaga sale de Ajuchitlan, toma el camino de la costa y llega al Calvario: Don Tomás Moreno le sale al encuentro con su gente; pero esta gente carecia de lo necesario para una batalla, y era menester que lo suplieran todo el valor y el denuedo. El general les habla; y sus palabras revelan desde luego á la par que un profundo dolor por las devastaciones de aquella tierra, lo duro de los sacrificios que tan noblemente arrojaban aquellos soldados. (4) Dase el combate del 9 de Diciembre en el Calvario cerca de Petatlan: los del Sur hacen prodigios de valor, ponen en el mayor aprieto á la brigada enemiga, y dan muerte á mas de ciento cuarenta individuos de ella; pero al fin tienen que retirarse, abandonando una buena posicion por falta de municiones: "con sentimiento, decia Moreno en su parte, he tenido que retirarme de una posicion tan ventajosa, porque la falta de municiones me obliga á dar este paso. Seguramente con parque suficiente, mañana derrotaría completamente al enemigo.—Luego que se me provea de municiones suficientes, trataré de batir á Zuloaga, &c."

Las municiones que necesitaba el general Moreno, se habian agotado tan completamente en el Sur, que ya era de todo punto imposible continuar la campaña; y todo induce á creer que el digno general habria sucumbido con los suyos en Tecpan, á donde se retiró, si no hubiera llegado Comonfort tan á tiempo para evitar un desastre.

Pronto se advirtió la eficacia de los auxilios recién llegados. En un momento se armaron y proveyeron de todo lo necesario tres fuertes secciones, que marcharon á reforzar á

(4) Véase el Apéndice Núm. 12.

Moreno, á las órdenes del general Villareal, del coronel Don Encarnacion Alvarez y del mismo general en jefe que tomó despues el mando de toda la division. Zuloaga continuó su marcha por la costa, hasta que hizo alto el 13 de Diciembre en la hacienda de Nuzco. Entonces fué cuando Zuloaga se vió sitiado por todas partes por las fuerzas del Sur, incomunicado con el cuartel general de Chilpanziogo, sin víveres ni provisiones para mantener la tropa, viendo que ésta se le diezaba diariamente por la desercion y las enfermedades, y sin esperanza alguna de recibir auxilios del gobierno que le tenia abandonado hacia un mes.

El general Alvarez conoció cuan ventajosa era la posicion de su ejército respecto de la pequeña brigada que se hallaba cercada por todas partes sin que pudiera ser socorrida, por encontrarse todos los destacamentos y guarniciones que tenia el gobierno en el Sur, harto apurados para atender á su propia defensa. Podia destrozar en un momento á sus enemigos; pero queriendo evitar la efusion de sangre, prefirió aguardar á que ellos mismos se entregáran, y para apresurar este momento, dirigió á sus soldados y á los de Zuloaga una proclama en la cual brillan los sentimientos mas humanos y generosos. (5)

No era menos penosa que la de Zuloaga, la situacion en que se encontraba Barberena en San Marcos: privado tambien de recursos, circunvalado por fuerzas enemigas, y sin poderse comunicar con los de su bando, habria tenido tambien que sucumbir, si la principal atencion de los caudillos del Sur no se hubiera fijado preferentemente en la brigada Zuloaga.

El año acababa de una manera bien triste para el gobierno, y bien lisonjera para la revolucion. El 12 de Diciembre se habia pronunciado en Huamustilan Don Marcial Caamaño, levantando una porcion de pueblos cuya insurreccion quitó á Chilapa los auxilios que podia recibir de Puebla. El 19 habia hecho lo mismo en Huajuapán el coronel Don Francisco Herrera, que logró encender desde allí en la próxima comarca de las Mistecas, la chispa revolucionaria. Cuautla se habia pronunciado tambien el dia 14, quedando sus habitantes comprometidos por la revolucion, aunque fué despues recobrada la ciudad por tropas del gobierno. Chilapa estaba sitiada por Don Mariano Nava que acababa de entrar en Tixtla de Guerrero, derrotando á doscientos hombres que habian ido allí á reclutar gente, y quitándoles una pieza de á 12. Don Jesus Villalva amenazaba á Iguala, al

(5) Véase el Apéndice Núm. 13.

misimo tiempo que en las márgenes del Mescala interceptaba las comunicaciones entre Chilpancingo y la capital. Tasco y Teloloapan se encontraban amagados por otras fuerzas, mientras que una parte de las del jóven guerrillero recorrían el distrito de Cuernavaca, infundiendo el terror por todas partes entre las tropas del gobierno. En fin, la revolución ardía ya como una inmensa hoguera en la mayor parte de los departamentos de la República, y cada día eran menores los recursos con que contaba el gobierno para apagarla.

Tuvieron algo de providencial aquellos acontecimientos, puesto que de otro modo era imposible que hubiera cambiado en tan pocos dias la faz de la revolución. Encontrábase ésta herida de muerte por falta de recursos; marchaban contra ella fuerzas muy superiores, cuya sola presencia habría bastado para aniquilarla, exánime y abatida como había quedado; todos creyeron que había llegado su última hora; hasta sus hombres más esforzados, si no desmayaban, habían empezado á desconfiar del triunfo. Ya hemos visto cuáles fueron las causas que hicieron cambiar de repente el aspecto de las cosas, y cual fué el instrumento de que se valió la Providencia para realizar sus designios sobre México. El cielo había dado á Comonfort la entereza y la virtud de un héroe, para resistir á tentaciones seductoras; le había dado un amigo que le favoreció en sus horas de quebranto; había dado vientos prósperos al bajel que le restituyó á la patria, y le había hecho llegar á tiempo para infundir nuevos bríos en los ánimos atribulados de los suyos.

CAPITULO SETIMO.

CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES

Circular del gobierno para las juntas populares.—Preguntas que habían de hacerse á los ciudadanos.—Libertad para votar y para escribir.—Carta reservada á los gobernadores.—Votacion del 1.º de Diciembre.—Votan algunos por Alvarez.—Son declarados conspiradores.—Resultado de la votacion.—Triunfos de los ministros.—El general Basadre.—Nuevas providencias terribles.—Desesperada posicion de la brigada Zuloaga en Nuzco.—Pronunciase.—Entrégase Zuloaga como prisionero.—Injusticia del gobierno.—Toma de Huétamo.—Fusilamiento de Bahamonde.—Ingratitud del gobierno con él.—Entran los pronunciados en Juchitlan.—Más órdenes terribles.—Represalias.—Circular de Alvarez para impedir las.—Acérquese Alvarez á Chilpancingo.—Proclamas á la guarnicion y al vecindario.—Carta al comandante general de Guerrero.—Sale otra vez Santa-Anna para el Sur.—Sus disposiciones.—Prision del coronel Moreno.—Es fusilado.—Instrucciones al comandante principal de Iguala.—Vuelta de Santa-Anna á México.—Motivos que tuvo Alvarez para no atacar á Chilpancingo.—Estrañamiento al comandante general de Guerrero porque no atacó al ejército libertador.—Le reemplaza Lazcano.—Bando horrible contra Tixtla.—Medidas humanas de Alvarez.—Rumor falso acerca de ellas.—Don Plutarco Gonzalez.—Don Santos Degollado.—Don Luis Ghilardi.—Una comunicacion del prefecto de Zamora.—Va el coronel Santa-Anna á Michoacán.—Circular para que no se llamen pronunciados sino bandidos.—Publicita en Acambaro y en Taretan.—Don Cipriano de las Cagigas.—Entra Degollado en Puruándiro.—Escesos que se cometen.—Pronunciamiento de Zamora.—Las tropas del gobierno en Zitácuaro.—Atrocidades.—Irritacion de los indígenas.—Don Joaquin Urquiza.

EL gobierno de Santa Anna intentaba en vano conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza; y era porque todos los medios que para ello empleaba, no servían sino para poner en mayor evidencia las faltas de su política, y para exacervar más la indignacion de los ánimos. Como vió que la revolución avanzaba y crecía por donde quiera, qui-